

Por una política del testimonio sobre las violencias extremas en México

Hernández Castillo, R. Aída; Robledo Silvestre, Carolina (eds.) (2020). *Nadie detiene al amor. Historias de vida de personas desaparecidas en el norte de Sinaloa*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM. 256 p.

Cabe iniciar este escrito mencionando la importancia ética y política de que el libro *Nadie detiene al amor* haya visto la luz. México atraviesa una crisis humanitaria, bajo la forma de una militarización de la seguridad y una economía criminal, donde las expresiones de violencia extrema –desapariciones y desplazamientos forzados, homicidios, feminicidios y masacres– no han dejado de crecer desde el 2006, año en el que se declaró la llamada “Guerra contra el narco” por el expresidente Felipe Calderón (2006-2012). El hecho de poder conocer los impactos de este conflicto en la vida de sus víctimas indirectas, mediante las propias palabras que ellas, las madres buscadoras, nos brindan, nos permite acercarnos a una comprensión general del contexto, a partir de la densidad de lo singular. La complejidad que dibuja este fatídico paisaje es constatada tras la lectura de los diferentes testimonios recopilados.

En primer lugar, quiero mencionar la relevancia de la metodología utilizada por las editoras-investigadoras para recabar estas historias de vida. Desde una propuesta de investigación-acción colaborativa y dialógica, basada en un fuerte compromiso con la etnografía feminista, Aída Hernández y Carolina Robledo trabajaron mano a mano con Las Rastreadoras de El Fuerte –un colectivo de mujeres buscadoras en Sinaloa–. Los talleres de memoria de los que surgió el libro reseñado fueron el producto de un diálogo entre Hernández, Robledo y la colectiva que “permitió fortalecer los vínculos de solidaridad al reconocerse en los dolores y las esperanzas ajenas” (p. xxxix). En este sentido, las editoras huyen del extractivismo del sufrimiento social que la academia ha llevado a cabo en situaciones de violencia y nos ayudan a vislumbrar formas de realizar un estudio comprometido con las necesidades y las urgencias de nuestras colaboradoras.

En segundo lugar, considero necesario recalcar que, en sentido estricto, las autoras de este libro son las diecinueve mujeres y el hombre que integran la colectiva de búsqueda, así como las mujeres reclusas integrantes de la colectiva Hermanas en la Sombra –un proyecto feminista de escritura y de publicación penitenciaria–, que dirigen sus cartas y sus poemas a las familias desde la cárcel de Atlacholaya, en el estado de Morelos. De nuevo, la forma del diálogo y el estilo epistolar son recuperados, pero, en este caso, en la escritura. Cada una de las veinte historias de vida es respondida por una mujer presa, quien espejea en sus propias experiencias

de violencia las vivencias de las Rastreadoras. Dos fenómenos sociales de injusticias y exclusiones tan diferentes como la búsqueda, llevada a cabo por víctimas indirectas, y la reclusión, que sufren supuestas perpetradoras –muchas de ellas inocentes, y otras castigadas por ser pobres y morenas–, son puestos en común en el texto y dejan ver el impacto que tienen las estructuras de clase, género y raza en las *geografías racializadas* (Rodríguez Aguilera, 2021) que habitan cada una de las protagonistas del libro. Lo esperanzador del mismo reside en comprobar cómo se dibujan sentidos de justicia alternos, no solo en los testimonios de las mujeres, sino también en el hecho de que se transgredan los roles impuestos de víctima y perpetradora, mostrando las zonas grises de ambos papeles y las alternativas a la justicia del sistema penal, desde la palabra compartida.

En tercer lugar, es de obligada mención la introducción que realizan las editoras, no solo por el potente análisis de contexto sobre Sinaloa y su progresiva transformación en un territorio hostil y peligroso, sino también porque, más allá de lo descriptivo, nos invitan a reflexionar sobre algunas de las causas multifactoriales que incrementan este entramado de injusticias. Así, vemos cómo el clasismo, el sexismo y el racismo institucionales se insertan en estructuras más amplias que habilitan un *continuum* de violencias. Desde el machismo cotidiano en la infancia, hasta los crímenes burocráticos y el tráfico transfronterizo e ilegal de armas y drogas, circulamos por los diferentes motivos que habilitan que las trayectorias de vida hayan tomado los caminos que las han llevado hasta esta deplorable actualidad.

A propósito de estas causas, me permitiré dar algunas pinceladas sobre lo que extraje de mi propia lectura de los testimonios compilados en el volumen. Estos comentarios se pueden dividir en tres áreas, enfatizadas por las mismas editoras y autoras a la hora de ordenar sus narrativas: el *continuum* de violencias marcado, específicamente, por la constante presencia de figuras masculinas violentas; el papel omiso y/o perpetrador del Estado y de sus instituciones y burócratas y, en último lugar, la comunidad emocional que aflora en el encuentro con otras buscadoras y que cristaliza en la potencia y agencia política de las mismas.

Iniciaré con las violencias sufridas desde la infancia y el papel que el machismo jugó en ellas. Con excepción de la historia del abuelo Paz Quiroz, hombre yoreme que acompañaba a las Rastreadoras incluso antes de sufrir, él

mismo, la desaparición de su nieto Kalucha, el resto de autoras son mujeres y, en su mayoría, madres en busca de sus hijas e hijos, o de sus compañeros. Conforme avanzaba en la lectura, mi conmoción iba en aumento al comprobar que no hay una sola historia en la que no aparezca un personaje masculino maltratador, abusador o adicto. No pretendo hacer aquí un análisis sobre este hecho, pero desde la teoría feminista tenemos, de forma urgente, mucho que decir al respecto. ¿Cómo puede ser que las historias transcurran entre padres golpeadores, familiares abusadores, novios celosos, hijos con depresiones y adicciones y vecinos, policías y militares desaparecidos? Desde otro lugar, las mujeres se dedican a cuidar de sus hermanos desde niñas, dejando de estudiar para sostener a la familia, afrontan la pobreza con trabajo duro y, en ocasiones, mísero e indignante, se preocupan por poner comida en la mesa y por formar un hogar y, ahora, todas sus fuerzas se centran en buscar a sus desaparecidos. ¿Cómo puede ser que la constitución diferencial de nuestros roles de género nos lleve por caminos tan inconmensurables? El libro es una puerta de entrada para comprender que el patriarcado y las violencias estructurales del capitalismo se dan la mano en las vidas concretas de la gente.

También, y en relación con ello, una de las constantes en todas las historias es la inviabilidad para los jóvenes de llevar a cabo una vida plena, una vida que merezca ser llamada vida. Los territorios descritos por estas mujeres nos hablan de toques de queda, de desconfianzas asentadas en la casa de al lado, en el vecindario y, a veces, en la misma familia. Las narrativas apuntan a un entorno en el que no hay posibilidad de que la juventud se equivoque y tome caminos errados, como todas y todos hemos hecho en algún momento. El riesgo de esa equivocación, los peligros para los que no tienen los atajos marcados desde la cuna, son la muerte y la desaparición. Es por ello que se habla de *juvencidio* en América Latina, refiriéndose al fenómeno extremo que se alcanza ante “la disminución de opciones disponibles para el desarrollo de proyectos viables de vida frente a una realidad definida por la construcción temprana de un peligroso coqueteo con la muerte” (Valenzuela Arce, 2019: 64). Si esa cercanía con la muerte se arroja a la cara de hombres jóvenes con escaso margen de maniobra para romper la cadena de violencias que viven desde niños, se comprende un poco más los puntos en común que muestran todos estos testimonios.

Frente a estas masculinidades violentas, la historia del abuelo Paz se yergue como un monumento a la esperanza. Un hombre orgulloso de su sangre yoreme, que se lamenta por la pérdida de las raíces entre la juventud. Un anciano que vive con honestidad y, cuando empieza a encontrar cuerpos arrojados al abandono en el bosque, comienza a acompañar a las madres buscadoras. Finalmente, un abuelo que busca a su nieto de forma incansable —y la relación entre abuelos y nietos nos habla, muchas veces, de una profunda conexión con el arraigo—; un nieto que hacía el baile tradicional yoreme del venado y de judío, y que también reclamaba sus orígenes. Sirva esto de homenaje a un abuelo que nos permite ver otras formas de ser hombre.

Además, encontramos el papel omiso y perpetrador del Estado y sus burócratas. En México, ya no es suficiente hablar de crímenes de escritorio, ni de crímenes

de guante blanco, para referirse a las violencias burocráticas. Los servidores públicos han salido de la oficina al campo y los escenarios en los que la corrupción y colusión con el crimen se producen han medrado. De igual manera, la atención a las víctimas es pésima: no solo por la revictimización, sino por la inactividad de la búsqueda y la investigación. Como explican las buscadoras en el libro, es abrumadora la ineficiencia de las autoridades. En palabras de Berthila Beltrán, madre de Alejandra, poner una denuncia y hacer seguimiento a la investigación y a la búsqueda es una “pesadilla burocrática”, un “laberinto” (p. 32). Como consecuencia de ello, las Rastreadoras, haciendo honor a su nombre, son las que ponen el cuerpo para buscar a sus amados en las barrancas, los ríos y el desierto, pero también son ellas las que, cual detective privado o policía diligente, abren líneas de investigación, entrevistan a posibles testigos y aportan pruebas a las fiscalías.

Como en el caso anterior, las violencias burocráticas también son una constante en la totalidad de las narrativas de las mujeres. Algunas inciden más en ellas que otras, pero todas han sufrido el abandono institucional, que apunta, otra vez, a cómo hay unas vidas que merecen ser más respetadas que otras. Las mujeres que nos abren una ventana a sus memorias son mujeres racializadas, en su mayoría de fenotipo moreno —como dejan ver las ilustraciones de José Luis Pescador— y, cuando no, de clase social baja, de extracción campesina o familia trabajadora humilde. Ante la burocracia mexicana, estas mujeres y sus familiares son insignificantes. Al convertirse en vidas desechables, queda justificado que la justicia y la verdad no sean derechos disponibles para ellas.

Para terminar, queda mencionar el alivio y la esperanza que brinda saber que, a pesar de la tragedia, la luz brilla ante el encuentro con las otras y habilita formas de subjetivación política y de duelo colectivo que curan, y les permiten seguir adelante en su búsqueda. Todas las buscadoras coinciden en que el hecho de haberse encontrado con otras mujeres que comprenden su dolor las ha hecho más fuertes y les ha permitido afrontar su sufrimiento de forma conjunta: “todas somos hermanas y hacemos una gran familia” (p. 241). Este hecho constata que en algunas de estas colectivas de búsqueda se producen formas de maternidad colectiva (Hernández, 19 de noviembre del 2021), que establecen vínculos de parentesco más allá de la sangre y cuestionan el modelo imperante de la madre mexicana. Como dice Liliana Bernal, quien busca a su hijo Osvil, “todos son nuestros hijos y los buscamos a todos” (p. 47).

Además, esta familia ampliada y esta comunidad de apoyo que forman juntas les ha permitido recuperar, o conocer, su independencia y su potencial como mujeres. Como consecuencia de la inoperancia estatal, las Rastreadoras han compaginado la domesticidad del hogar con la presencia firme en audiencias, en discusiones frente a los fiscales, en la participación en acciones de protesta. Algunas combinan sus trabajos con el activismo; otras, han tenido que pedir ayuda a personas cercanas, pero todas han aprendido a caminar de la mano entre ellas y a gritar los nombres de sus hijos, alejándose del papel que se les había adjudicado en sus vidas anteriores. Sin embargo, reconocer este hecho y esta trayectoria que ha ido conformando y transformando

sus identidades políticas no tiene que hacernos olvidar que, detrás de ello, el motor que las mueve es un lazo de dolor y una promesa inquebrantable con personas que nunca tendrían que haber desaparecido.

En conclusión, pienso que el libro nos ayuda a pensar sobre cómo puede ser una política del testimonio para América Latina y para el mundo. Esta podría basarse no solo en la grandilocuencia mediática y política de las comisiones de la verdad, sino también en la construcción cotidiana y desde debajo de las memorias de tantas personas que han sido víctimas, directas o indi-

rectas, de violencia. Personas cuyos casos pueden pasar desapercibidos frente a los casos emblemáticos, pero en cuyas experiencias se refleja, de igual manera, la dignidad quebrantada y la necesidad de pensar otras formas de vivir juntas y juntos, y de implementar formas de justicia para esa vida en común.

En definitiva, *Nadie detiene al amor* nos ofrece testimonios que se entrecruzan en estas historias de vida y que rescatan lo más cruel y lo más enternecedor del ser humano: su extrema habilidad para la violencia, pero también su capacidad infinita de amor.

Referencias bibliográficas

- Hernández Castillo, R. Aída (19 de noviembre del 2021). "Digging for Hope in Mexico: A Feminist Ethnography in the Land of Mass Graves" [conferencia magistral]. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=Nf3qtm6QZ8&ab_channel=StanfordCenterforLatinAmericanStudies
- Macleod, Morna; De Marinis, Natalia (2019). *Comunidades emocionales. Resistiendo a las violencias en América Latina*. Ciudad de México: UAM Xochimilco.
- Rodríguez Aguilera, Meztli Yoalli (2021). "Grieving geographies, mourning waters: life, death, and environmental gendered racialized struggles in Mexico". *Feminist Anthropology*. 1-15.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2019). *Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina*. Bielefeld: Bielefeld University Press.

Andrea de la Serna Alegre
CIESAS Ciudad de México
a.delaserna@ciesas.edu.mx